

TRANSFORMANDO LAS MASCULINIDADES.

Victor J. J. Seidler *

DEFINICIONES.

¿Pueden cambiar los hombres? ¿Por qué les ha llevado tanto tiempo responder a los retos planteados por el feminismo en lo que se refiere a relaciones en las que la igualdad y el afecto estén más presentes?

Tradicionalmente el feminismo iba unido a la proclamación de igualdad de derechos, a la igualdad de oportunidades para competir por carreras, empleos y profesiones, así como por representaciones en la esfera política, de la cual las mujeres habían sido excluidas. Todo esto no lograría retar los términos masculinistas en los que estaba enmarcada la esfera pública, y que habían sido presentados dentro de la modernidad como un campo de la razón, que solamente una masculinidad dominante podía dar por sentado. La situación a la que quedaron relegadas las mujeres las obliga a tener que demostrar constantemente ser seres racionales, ya que están destinadas a estar más cerca de la naturaleza y, por lo tanto, ser más influenciables debido a sus emociones, sentimientos y deseos. El feminismo liberal aseguraba que las mujeres eran iguales en su racionalidad a los hombres y por lo tanto, deberían tener las mismas condiciones a la hora de competir.

Pero con la Segunda oleada de feminismo en el mundo anglófono se extendió una segunda premisa que decía así: “ lo personal era político”. Ello significaba que el poder debió ser reconocido dentro de la esfera personal de las relaciones íntimas, al igual que dentro de la esfera pública de la política. La esfera pública no se puede considerar pues, desde entonces como un espacio racional y de poder. Mientras tanto la esfera privada era un espacio de amor, emociones e intimidad. Esto significaba que si las mujeres iban a ser libres para competir por empleos y carreras, entonces, los hombres tendrían que reconsiderar los términos masculinistas que se dieron por sentado en la organización tradicional de los procedimientos de muchos lugares de trabajo. Las mujeres querían ser capaces de competir en las mismas condiciones sin sentirse forzadas a dejar de lado sus continuas responsabilidades, como por ejemplo el cuidado de sus hijos y el trabajo doméstico.

Ello conllevaba que el apoyo de los hombres al feminismo no podía limitarse simplemente a apoyar a las mujeres en su propia lucha a favor de la igualdad, sino que también implicaba aprender a denominar su experiencia como masculina. Eso era algo que los hombres tenían que aprender a hacer por sí solos, aunque no fuese una tarea fácil dentro de una cultura homofóbica en general, en la que las identidades masculinas se definían generalmente en términos negativos –en términos de “no” ser “blando”, “emocional”, “dependiente”, que en otras palabras significaba “no ser mujer”. Eso podía dificultar a los hombres apoyarse unos a otros de una manera consciente – creando grupos, ya que se daban cuenta de que como varones necesitaban ser “independientes” y “autosuficientes”– no podían mostrar “debilidades” derivadas del miedo delante de otros, ya que “éstas” podían ser utilizadas contra ellos por otros hombres que a su vez competían con ellos en masculinidad. A menudo los hombres sólo pueden sentirse bien con ellos mismos sabiendo que “lo están haciendo mejor que otros”.

Estos modelos comienzan a una edad temprana y, por tanto, es de vital importancia reflexionar sobre el modo en el que los chicos adquieren sus masculinidades en la escuela y en la familia. A menudo, sienten que tienen que sobrevivir por cuenta propia y que por ejemplo si sus padres se están separando o uno de ellos ha fallecido, ellos no pueden hablar con nadie sobre el tema y buscar ayuda. Frecuentemente se sienten avergonzados y aprenden a simular que todo va bien. Han aprendido a sobrellevar su propia agitación y confusión emocional. También pueden “desahogarse” intimidando a otros niños como modo de reafirmar una identidad masculina que se ve amenazada. Recientemente la importancia del tema del acoso en los centros escolares ha crecido dentro del debate sobre “el fracaso escolar”, el cual subraya que las chicas obtienen mejores resultados. Esto se debe posiblemente al tipo de apoyo que han recibido entorno a su propia valía como mujeres jóvenes.

De alguna manera debemos reflejar también el tipo de ayuda que los chicos necesitan durante el periodo de transición hasta llegar a ser hombres. Durante este espacio de tiempo surgen numerosas dudas acerca de lo que significa ser un hombre en el mundo actual. Este es en parte un tema cultural, y está relacionado con el diálogo existente entre las diferentes generaciones. Pero con el declive de tantas industrias tradicionales, los padres no se encuentran en una situación cómoda para dejar un puesto de trabajo en manos de sus hijos. A medida que los aprendizajes tradicionales han ido disminuyendo, también ha decrecido el diálogo entre hombres adultos y jóvenes en el contexto de transmisión de habilidades, y los hombres jóvenes de la clase trabajadora pueden sentirse más dependientes de la educación formal, de la cual sus padres se sienten alejados. Los hombres jóvenes pueden sentirse más solos,

incapaces de llegar a otros. Junto con el declive del trabajo tradicional, es más duro para los padres sostener el sentido de sus identidades masculinas como proveedores y fuente de sustento familiar. Esto puede dar lugar a una depresión que se puede transmitir a la siguiente generación. Los varones pueden sentirse inseguros sobre su condición de hombres jóvenes. A veces, pueden llegar a sentir hostilidad para con el feminismo, que insiste en que el hombre sólo se denomina a sí mismo como una figura de poder. Una figura que de alguna manera es responsable de la subordinación y opresión que padecen las mujeres. Por eso, y como los hombres jóvenes no se ven a sí mismos de esa manera, a menudo se sienten intranquilos y confusos.

EL PODER.

Si los hombres jóvenes a menudo se sienten rodeados de mujeres jóvenes más seguras de sí mismas, que parecen tener más claro la dirección que quieren dar a sus vidas, éstos pueden encerrarse en un triste silencio. A menudo, la teoría feminista temprana insistió en identificar la masculinidad como una relación exclusivamente de poder, como si no hubiera manera de “redescubrir” la masculinidad, un título que escogí anteriormente, ya que el fin era deconstruir la masculinidad. Era como si los hombres no tuviesen ninguna oportunidad para el cambio, o ningún modo que permitiera la redención de la masculinidad. Por el contrario, ellos tenían que aceptar que la masculinidad era el problema y por lo tanto, no podían ser parte de la solución. Esto aún sigue siendo una debilidad de ciertas formas de política anti-sexista de los hombres. Ese tipo de política que puede asumir que los hombres denominen su experiencia a través del reconocimiento del poder que ejercen en la subordinación de la mujer.

Impulsados por el compromiso adquirido contra la terrible violencia que los hombres tan a menudo dirigen contra las mujeres, este tipo de política masculina deja más claro qué es lo que no aprueba. Insiste en la responsabilidad de los hombres en cuanto a lo que durante tanto tiempo ha sido negado. Pero sigue centrándose en el sufrimiento de las mujeres. Es decir, no dice demasiado sobre la experiencia de los hombres. Como ya he explorado en MAN ENOUGH (Lo suficientemente hombre), necesitamos atraer la atención sobre el abuso cometido por los hombres mediante la violencia empleada hacia las mujeres. Tenemos que acabar con la violencia doméstica y con el acoso sexual en el trabajo. Frecuentemente trivializamos esas experiencias e involuntariamente actuamos en colusión con ellas. O bien insistimos en que es un asunto personal que solamente concierne al individuo. Sé por mi experiencia profesional en México, que las “buenas maneras” que se muestran en la esfera pública, en muchas ocasiones esconden la violencia

ejercida de puertas para adentro. Muchas veces las mujeres están demasiado aterrorizadas para hablar sobre el tema, e incluso aprenden a culpabilizarse a sí mismas.

Pero debemos ser capaces de reconocer tanto el poder social que los hombres continúan asumiendo dentro de la sociedad patriarcal, principalmente estructurada de acuerdo con su propia imagen, y los sentimientos de confusión e impotencia que siente también cada hombre. Ambos son aspectos de una realidad social compleja. Significa asimismo que debemos recapacitar sobre las relaciones entre el poder y la vida emocional y las diferentes esferas en las que también se ejerce ese poder. En parte esto replantea temas de diferencias sobre género y maneras, por ejemplo, en las que las mujeres pueden ejercer el poder en áreas específicas de la vida y los hombres en otras. Las mujeres muchas veces se quejan de que sus compañeros se comportan en casa como niños, con inseguridades sobre lo que sienten emocionalmente.

Tradicionalmente la fuente divina de la autoridad ha sido siempre el padre. Su palabra ha sido la ley y siempre se ha esperado obediencia para con él. Frecuentemente los padres han sentido que comprometen su autoridad si se dejan involucrar en los temas emocionales de sus hijos. Se espera de ellos que legislen para lograr “lo mejor” para sus hijos, sin que sea necesario comunicarse con ellos. Era su tarea castigarlos si éstos no obedecían. Ello convertía la figura del padre patriarcal en un ser extrañamente distanciado en la familia, la cual se organizaba alrededor de madres e hijos. Si el padre se sentía solo y excluido, contaba únicamente con la compañía de otros hombres en el trabajo o bien se involucraba en “aventuras” donde el secreto devolvía la intensidad perdida en su vida. Pero a menudo era difícil para los hijos identificar el contacto perdido en sus relaciones con sus padres, aunque últimamente los padres están diciendo que quieren más contacto emocional con sus propios hijos.

En Gran Bretaña lo que realmente supuso una transformación, fue la creciente presencia de los padres apoyando a sus parejas durante el embarazo y el parto. Los padres querían involucrarse más, y se sentían molestos al tener que volver al trabajo después de una limitada baja por paternidad. A menudo esto resultó ser nefasto para las mujeres que fueron abandonadas literalmente “cuando aún tenían en brazos al bebé” y habían vivido anteriormente unas relaciones entre géneros más igualitarias. En esas relaciones los dos miembros de la pareja trabajaban y se sentían responsables del mantenimiento del hogar. De alguna manera, las visiones de igualdad entre los géneros que parecían funcionar cuando ambos miembros de la pareja trabajaban, no pueden ser modificados para permitirse tener hijos. Muchas veces la solución era pagar a

mujeres más pobres para cuidar a sus hijos, y de ese modo delegar sobre ellas la carga que conlleva dicha responsabilidad. De todas maneras muchas madres no se sienten a gusto con esa decisión. Los primeros meses son a menudo un periodo de supervivencia en el que la pareja tiene dificultades para hacer frente los problemas que van surgiendo, y desafortunadamente, tras los primeros 16 meses, cuando las cosas comienzan a ser más fáciles con el bebé, todo acaba en divorcio. A medida que el trabajo se intensifica, suele ser difícil para los padres pasar el tiempo que los niños quieren con ellos. A veces, las mujeres son tan libres como los hombres para acudir al trabajo, para huir de las infinitas demandas y del caos de la vida íntima. Podemos decir que en el mundo anglófono, las mujeres se sentían bastante presionadas para formar una identidad de género neutro, la cual en realidad se definía en función de pautas masculinas. Una vez aceptadas en su entorno laboral, se esperaba de ellas que “aguantasen la presión” “como todo el mundo”. Las últimas investigaciones delatan que algunas mujeres se sienten molestas con las mujeres que tienen hijos por “defraudarlas” y demandar cosas para ellas mismas cuando no deberían hacerlo.

DIFERENCIAS.

Como ya hemos señalado sobre la experiencia de los hombres, podemos apreciar las tensiones que también los hombres sienten entre la vida íntima y laboral. No se trata simplemente de tener “un tiempo de calidad” con sus hijos durante el fin de semana. También se trata de escuchar los deseos y necesidades de los niños y revisar la igualdad de los géneros para incluir a los niños. Esto significa reconocer cuán importante es para los niños y para los padres involucrarse los unos con los otros en el día a día. Asimismo significa que tenemos que reconocer la necesidad de reconsiderar la naturaleza del trabajo postindustrial y equilibrar para los hombres y las mujeres el tiempo que pasamos trabajando y el que pasamos en la intimidad. Esto conlleva en parte que los hombres deban reconocer cuánto ayuda el “esfuerzo emocional” en mantener una relación sexual a largo plazo.

Con demasiada frecuencia, los hombres deben aprender a considerar sus relaciones como fondo, eso podría ayudarles a valorar muchas cosas. Aunque a menudo digan que ellos trabajan “para su familia”, las identidades masculinas aún están organizadas alrededor del trabajo y eso hace que los hombres raramente aprenden cuánto tiempo, atención y esfuerzo supone una relación seria. Frecuentemente ésta es la tarea que se les encomienda a las mujeres dentro de una pareja heterosexual, una especie de labor invisible a la que las mujeres son más reacias, y la demanda emocional de éstas es mayor que en la generación de sus padres. Por supuesto no se debe generalizar y se tienen

que enfocar estos temas dentro de un contexto cultural e histórico en particular. Las antiguas leyes del territorio vasco han permitido la herencia femenina y por lo tanto han ayudado a mantener el poder de las mujeres dentro de la comunidad. Una vez más sólo podemos aprender de la experiencia de los demás reflejando estos temas dentro de un contexto cultural específico.

Cuando pensamos sobre el poder y la diferencia, no sólo estamos considerando las relaciones entre hombres y mujeres, sino también las diferentes sexualidades y las complejas relaciones que separan las diversas masculinidades. No podemos dejar de lado los temas relacionados con las clases, culturas, razas y etnias que establecen relaciones de poder y de derechos entre diferentes masculinidades. En un debate reciente de un grupo de hombres, quedó bastante claro cómo algunos de los hombres de la clase trabajadora no podían imaginarse a ellos mismos yendo a la universidad. Esto no era posible dentro de la realidad social que ellos vivían, sino que más bien se trataba de un asunto de comercio.

En la medida que hemos aprendido a reflexionar sobre las diferencias entre las mujeres, también hemos aprendido a considerar diversas masculinidades. Pero del mismo modo que las mujeres han descubierto la libertad para explorar sus deseos y necesidades propios, separándose de los juicios y evaluaciones de una masculinidad dominante, los hombres también necesitan tomarse su tiempo y su espacio para explorar las formas de masculinidad que han heredado. Esa es la tarea de los hombres, definir las masculinidades particulares que han desarrollado para tenerlas en cuenta. Ésta puede ser una tarea difícil de llevar a cabo en un periodo de incertidumbre, cuando los prototipos tradicionales de la masculinidad estructurados en términos que describen a los hombres como “los que se ganan el pan” y “proveedores” se han venido abajo. Frecuentemente los hombres sienten que deberían “controlar” su propia experiencia, ya que si admiten su incertidumbre, ello puede amenazar su identidad masculina. Los hombres aprenden a reservarse sus propias ansiedades y miedos al proyectar una cierta imagen pública de ellos mismos. A veces, esa aflicción interior puede crecer en la medida que a los hombres les persigue un miedo que, de mostrarlo, el varón sería seguramente marginado. La rabia puede volverse contra uno mismo y ello se refleja en el alto número de suicidios de hombres jóvenes, como un fenómeno casi global. Resulta más fácil acabar con la vida de uno mismo que mostrar tu desesperación a los demás.

TECNOLOGÍAS.

Junto con la globalización y las nuevas tecnologías el abismo generacional es aún mayor y es cuando los jóvenes empiezan a sentir que están creciendo en un mundo diferente que sus padres son incapaces de entender. Gracias a los nuevos softwares y a la tecnología de la telecomunicación, el tiempo se comprime y al mismo tiempo los jóvenes están sobreestimulados y ansiosos por estar “en contacto” en una red con nexos cada vez más veloces. Vivimos en una cultura en la que los segundos son los que redefinen las relaciones entre las zonas urbanas y rurales y en la que la ubicación pierde importancia. En una cultura en la que las 24 horas del día y durante los 7 días de la semana están ocupadas, aunque hayamos creado todo tipo de recursos para ahorrar trabajo y tiempo, es fácil sentir que disponemos de menos tiempo para nosotros y para las relaciones, en comparación a los demás individuos en la historia de la humanidad. El correo electrónico puede resultarnos muy útil hasta encontrarnos a nosotros mismos respondiendo de una manera frenética a un flujo incesante. El teléfono móvil sirve para ahorrar tiempo, salvo cuando se da una situación como la actual, en la que constantemente estamos potencialmente al alcance de cualquiera que requiera nuestra atención. Apagamos el ordenador y desconectamos el teléfono móvil para encontrar un hueco para nosotros mismos, sólo para lograr sentirnos ansiosos por lo que nos podamos estar perdiendo.

Las nuevas tecnologías han ayudado a poner en circulación de las masculinidades en general, esas masculinidades que presentan imágenes con las que los jóvenes aprenden a identificarse. Adoptan un look particular pero al mismo tiempo tienen dificultades para expresar lo que les está sucediendo, ya que esto puede comprometer la imagen que transmiten de ellos mismos.

No debería sorprendernos que las enfermedades relacionadas con el stress estén proliferando de manera alarmante por todo lo largo y ancho del mundo. En parte es muy atribuible a la sobrecarga de información y agotamiento según la gente se ve a sí misma capaz de sobrellevar el ritmo, flujo y densidad de las actividades humanas. En el Reino Unido, tres de cada diez empleados cada año sufre de problemas mentales debido a comportamientos relacionados con el stress. Tal y como Jeremy Rifkin, autor de *THE AGE OF ACCESS* ha escrito recientemente... “Si un niño crece rodeado de vídeo-juegos y ordenadores, y espera una gratificación instantánea, ¿resulta de verdad increíble que desarrolle una escasa capacidad de atención? Aceleramos el ritmo y corremos el riesgo de aumentar la impaciencia de una generación.” (The Guardian, sábado 26 de mayo de 2001, pág. 22) Rifkin pregunta si la cultura de la hiper-velocidad no nos está haciendo cada vez menos pacientes y si estos nuevos

casos de stress que surgen como “furia” o “violencia doméstica” demuestran que la gente libera su stress con ataques violentos.

Rifkin plantea una pregunta muy significativa al decir que “Si esta nueva revolución tecnológica se basa solamente en la velocidad y en la hipereficiencia, entonces puede que perdamos algo máspreciado que el tiempo – el sentido de ser seres humanos afectuosos” (pág. 22) Esta cuestión incumbe no sólo a los hombres, sino también a las mujeres en la medida que nos ayuda a cuestionar el que nos culpemos tan fácilmente a nosotros mismos por no ser capaces de “sobrellevar” estas nuevas pautas. Por ejemplo, tendemos a reducir el tiempo que necesitamos para dormir. Pero antes de juzgarnos a nosotros mismos de acuerdo con las normas externas, debemos reconocer que hay algo más que la cuestión de cómo integrar nuestras vidas de la mejor manera dentro de la revolución de las nuevas tecnologías o ajustarlas a la globalización que tan a menudo e inevitablemente tratan los políticos en la medida que rechazan cuestionar el interés del poder corporativo de una economía globalizada. Debemos hacernos preguntas más profundas sobre el modo en que creamos una visión social que hace uso de las tecnologías, y no permitirles que dominen nuestras vidas.

Frecuentemente la única situación en la que los hombres paran y preguntan este tipo de preguntas profundas es cuando enferman. Entonces, se sienten furiosos con aquello que les ha llevado a ponerse enfermos. A menudo, el stress que provoca el mantener las masculinidades tradicionales han hecho enfermar a los hombres, ya que ha sido difícil para ellos escuchar a sus cuerpos, que se han convertido dentro de la modernidad en máquinas a disposición del hombre. Muchas veces, los hombres tienen dificultades a la hora de buscar apoyo, cuando por ejemplo sufren de cáncer de próstata.

Preferirán no hablar del tema, y guardaran la esperanza de que si el cáncer ha surgido de la nada, tal vez desaparezca como si nada. No quieren pensar en cómo las tensiones y el stress de guardárselo todo para uno mismo han contribuido a que surja esa enfermedad. Quieren que los profesionales de la medicina reparen su situación para que ellos puedan volver al trabajo y por lo tanto a la “vida normal”. No quieren escuchar las dudas de los médicos sobre los tratamientos apropiados para cada caso. Frecuentemente eso significa que no se ha prestado la atención necesaria a la salud del hombre. Por el contrario, los hombres se han juzgado a ellos mismos y han vivido según las normas externas, y se han sentido mal si no han logrado estar a la altura. Puede no ser una tarea fácil expresar los miedos de cada uno al médico o a la enfermera que te está atendiendo, aunque eso tal vez facilite el trabajo de éstos, ya que es

fácil sentir que estas siendo “débil” y por lo tanto no “lo suficientemente hombre” (Man Enough).

Las diferentes generaciones de hombres han aprendido a guardar silencio a la vuelta de una guerra o de un conflicto. A menudo no cuentan ni a sus hijos ni a sus parejas las experiencias por las que ha pasado, los miedos y los terrores causados por la guerra. Han querido proteger a la siguiente generación, pero durante dicho proceso no han recibido el apoyo que podían haber utilizado a su favor. El dolor de una guerra civil se sigue sintiendo y estas memorias históricas necesitan ser compartidas, para que los nietos sepan por lo que han pasado sus abuelos. Esta memoria ayuda a la nueva generación a explorar su propio campo y les da un sentido diferente de lo que realmente importa en la vida. El valor y la determinación deben ser revisados según comenzamos una conversación, demasiado a menudo bloqueada, entre padres e hijos. De todas maneras a veces son los hijos los que llevan los conflictos sin resolver de los padres. Por ello es crucial para los hombres y las mujeres aprender a hablarse entre ellos sin pasar el límite de las diferencias del poder y la vulnerabilidad.

En la medida que los hombres aprendan a mostrar más abiertamente su vulnerabilidad, aprenderán a reconocer que no es un signo de debilidad, sino una muestra de valor. Cuando los hombres jóvenes aprendan a ser responsables íntimos en sus relaciones con cualquiera de los dos sexos, aprenderán a saber qué es lo que les importa en la vida. Aprenderán a apreciar el amor mientras luchan por una mayor justicia en las relaciones entre los géneros dentro de una sociedad más democrática y a favor de la igualdad.

20 de mayo de 2001.

***Victor J. J. Seidler**

Profesor de Teoría Social, Goldsmiths College, University of London.

Fax 0207-919-7713

e-mail v.seidler@gold.ac.uk

La reciente obra de Victor J. Seidler incluye REDISCOVERING MASCULINITY: Reason, Language and Sexuality (Routledge); RECREATING SEXUAL POLITICS: Men, Feminism and Politics (Routledge); MEN, SEX AND RELATIONSHIPS: Writings from Achilles Heel; UNREASONABLE MEN: Masculinity and Social Theory (Routledge) MAN ENOUGH: Embodying Masculinities (Sage) y SHADOWS OF THE SHOAH: Jewish Identity and Belonging (Berg)